

Excerpt from Chapter Thirty-Seven
Weirdo-ness

“Dude!” he practically shouted in my face. “You were flying—I mean, you were FLYING!”

“Yeah, there are a few things I should probably catch you up on . . .,” I admitted.

“Oh! You think?” He searched my face, his brown eyes wild. “Dude, so you’re like . . .
“like some kind of super freak then, huh?”

“Basically,” I said, and realized I wasn’t even the least bit embarrassed to admit it. Funny part was, just a couple of hours ago, I’d been too ashamed to tell him about my manifestations, too ashamed to let him see what I was becoming. But I wasn’t anymore. See, at first (and like most people, probably), I’d assumed my manifestations were turning me into some kind of a weirdo. A freak. But what I didn’t know at the time, what I couldn’t possibly have known, was that it would be that same “weirdo-ness” (if that’s even a real word) that would soon save my life—not to mention the lives of everyone I cared about.

It had definitely taken me a little while, but I’d learned something from all this: Somewhere between almost having my heart cut out of my chest by the vilest witch in history and waking up in the middle of this limestone crater, I’d realized that the things about yourself that make you feel awkward or different or drive you completely crazy are the same things that make you *you*. And you can’t run away from who you are. But once you accept yourself--*everything* about yourself (especially the weird parts)--you’ll finally be free to be you. And that’s a powerful thing. A *very* powerful thing.

And I guess you could say that I’d finally accepted me.



Fragmento del Capítulo treinta y siete Una especie de fenómeno raro

–¡Amigo! –prácticamente me gritó en la cara–. Estabas volando, es decir, ¡estabas VOLANDO!

–Sí, hay algunas cosas en las que debería ponerte al día... –admití.

–¡Uh! ¿Tú crees? –dijo con sus salvajes ojos color café–. Amigo, entonces eres como una especie de fenómeno, ¿eh?

–Básicamente –reconocí, y me di cuenta de que no me avergonzaba en lo más mínimo admitirlo.

La parte graciosa fue que, un par de horas atrás, había estado demasiado avergonzado para contarle mis manifestaciones, para dejarle ver en lo que me estaba transformando. Pero ya no lo estaba. Al principio (probablemente como la mayoría de la gente), asumí que mis manifestaciones me estaban convirtiendo en una especie de fenómeno raro. Un monstruo. Pero lo que *no* sabía en ese momento, lo que no podía haber sabido, era que esa misma rareza me salvaría la vida, por no hablar de las vidas de todos los que me importaban.

Me tomó un poco de tiempo, pero había aprendido algo de todo esto: las cosas de ti mismo que te hacen sentir incómodo o diferente o que te vuelven completamente loco son las mismas cosas que te hacen ser *tú*. Y no puedes huir de quien eres. No puedes llorar, ni siquiera puedes dejar que se vaya. Una vez que te aceptes a ti mismo, *todo* sobre ti mismo (sobre todo las partes raras), serás libre para ser tú. Y eso es algo poderoso. Una cosa muy poderosa.

Y supongo que se podría decir que finalmente *me* acepté.

